

Isaías 40:1-8

Adviento 2, 1999 Isaías 40:1 -8

1 Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados.

Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. ⁴Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane. ⁵Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá; porque la boca de Jehová ha hablado.

⁶Voz que decía: Da voces. Y yo respondí: ¿Qué tengo que decir a voces? Que toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. ⁷La hierba se seca, y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopló en ella; ciertamente como hierba es el pueblo. ⁸Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre.

¡Consuelo! ¿Quién no necesita el consuelo? Un amigo nos traiciona. Una enfermedad nos azota. Un ser querido se está muriendo o ha muerto. Hay una infinidad de razones por las que la aflicción y la tristeza se apoderan de nosotros. Para el pueblo de Israel era así también. Perdieron su país. Estaban en el destierro en Babilonia. El templo, lugar de la residencia de Dios entre su pueblo, estaba en ruinas. La misma ciudad santa de Jerusalén estaba desierta y demolida. Parecería que Dios tuviera la intención de desechar a su pueblo para siempre, tan terrible fue el juicio que había traído a su pueblo a causa de su pecado y rebelión.

Sin embargo, cien años antes de ocurrir ese terrible juicio sobre Israel, Dios llamó al profeta Isaías a proclamar un mensaje de consuelo, un mensaje que debe estar a la mano cuando el pueblo sufriera tanto infortunio. Mediante ese mensaje Dios quería tomar a un pueblo abatido y afligido e infundirle aliento y confianza. Quería llenar los corazones de ese pueblo de consuelo. Pero ni la necesidad de consuelo ni la intención de Dios de hacer todo lo necesario para darlo es exclusivo del tiempo del exilio de Israel. Hoy también Dios quiere dar su consuelo, y con el mismo fundamento con que consoló al

antiguo Israel. Nuestro tema de hoy, luego, será: “Consuelo para el pueblo de Dios”. Se dirige a un pueblo en gran necesidad de consuelo, y se dirige a un pueblo cuyo corazón Dios mismo preparará para recibir el consuelo.

Israel tenía gran necesidad de consuelo. La segunda mitad del libro del profeta Isaías se dirige a un pueblo que ha perdido su país, que vive en el destierro en Babilonia. Los mismos medios de gracia, tales como los sacrificios en el templo, se habían discontinuado con la destrucción del templo en Jerusalén.

Israel sufría gran aflicción. Cuando nuestro texto dice: “su tiempo ya es cumplido”, esto se podría traducir: “su esclavitud ha terminado”, como lo traduce Dios Habla Hoy. Es una expresión por el tiempo duro de sufrimiento que ha soportado este pueblo desde que llegó el terrible juicio de Dios que resultó en la destrucción de su patria y la muerte de tantos compatriotas.

¿Y cuál fue el motivo de esta destrucción y este destierro? Es que éste fue un pueblo que se había cargado de pecado e iniquidad. En el primer capítulo de su libro, Isaías había tenido que denunciar a su pueblo: “El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento. ¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! Dejaron a Jehová, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás” (vv. 3,4). Como resultado, habían experimentado todo el furor de la ira de Dios contra su pecado y rebeldía.

Nosotros también experimentamos la aflicción y el sufrimiento. Y en el fondo, la razón es la misma. Nosotros también somos pecadores. Toda enfermedad, todo sufrimiento, toda aflicción en su raíz son una parte de la muerte que hemos heredado como resultado de nuestro nacimiento en el pecado. Nosotros también, entonces, tenemos gran necesidad de consuelo. ¿Pero en dónde lo vamos a encontrar? Seguramente nosotros mismos no podemos hallar la solución. Somos pecadores por naturaleza. Todo nuestro ser es lo que ha causado nuestra miseria y aflicción en primer lugar. Sólo si Dios mismo provee el consuelo lo podremos encontrar. Y esto es exactamente lo que Dios propone hacer. Pero hay un problema. Nuestro corazón está lleno de obstáculos a que llegue el verdadero consuelo de Dios.

Pero Dios también tratará con ese problema. El mismo preparará los corazones de las personas para que puedan recibir el consuelo.

Nuestro texto presenta el corazón humano como un desierto intransitable. Está lleno de barreras como las altas cordilleras y los profundos cañones. De este modo también nos retrata el pecado y el obstáculo que presenta nuestro pecado a la llegada de Dios con su gracia y consuelo.

Nadie va a nivelar los Andes, ni rellenar el Cañón del Colca. Aunque una novela que alcanzó cierta popularidad hace algunos años habló ingenuamente de manejar un auto desde Macchu Picchu hasta Iquitos, cualquiera que conoce la realidad de la geografía peruana sabe que es imposible. Igual de imposible es que nosotros mismos con nuestros propios preparativos podamos recibir el consuelo del Señor. Nuestro propio pecado e impenitencia lo haría imposible. Sin embargo es absolutamente necesario que el camino sea preparado en esa tierra pedregosa que es nuestro corazón pecaminoso. “Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane”. Pero si esto va a suceder, es Dios mismo que lo tiene que hacer, y lo hace.

Lo hace con el soplo de su aliento. Nos recuerda que todos los seres humanos somos hierba, y que toda nuestra gloria es como la flor del campo. Tenemos la apariencia de estar todavía vivos y florecientes, pero un soplo de la voz de la ley de Dios, y nos marchitamos y nos secamos. No podemos conservar un cabello de nuestra cabeza, y cuando llega nuestro momento de morir, nada lo podrá detener. Aun nuestra gloria, lo que es más noble en toda la producción humana, no puede resistir el fuego de la condenación de Dios. Como Isaías nos dijo en otro texto: Todas nuestras justicias son como trapo de inmundicia delante de Dios.

Esta es la voz de Juan el Bautista, el que vino para preparar camino para el Señor. “¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego”. Es la voz de Pablo: “¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a

gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; Con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; Su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; Quebranto y desventura hay en sus caminos; Y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos. Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado”.

Cuando con su ley Dios nos ha dado un conocimiento verdadero de nuestro pecado y nuestra condenación, entonces ya es el tiempo para otro mensaje, el mensaje de consuelo. Cuando nuestro pecado, orgullo, impenitencia, rebelión contra los propósitos de Dios ha sido expuesto por lo que es, entonces el camino está allanado por Dios mismo para que entre la gloria de Jehová.

Esta gloria de Jehová no es otra cosa sino la salvación que trae el Señor Jesucristo. “Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá; porque la boca de Jehová ha hablado”. Así en la Navidad los ángeles cantaron por el nacimiento de Jesucristo: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” Y esta gloria de la salvación es para todos los hombres. “Y toda carne juntamente la verá”. O como lo anunció el ángel: “He aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo”. También Juan el Bautista, después de denunciar el pecado del pueblo y llevar a muchos a lamentar su pecado y su perdición porque estaban aterrados por el inminente juicio de Dios, les dirigió la atención de la gente al Salvador que había aparecido entre ellos: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.

Esto es el mensaje que también Isaías fue llamado para anunciar. “«¡Consolad, consolad a mi pueblo!», dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén”. Ha pasado el tiempo para denunciar y castigar. Ha llegado el tiempo de hablar con ternura y cariño. Ha llegado el tiempo de levantar lo que se había caído, de consolar lo que se había afligido. Consolad, consolad a mi pueblo. Y el centro de este consuelo sería la obra salvadora de Jesucristo.

Cuando Dios da a Isaías el fundamento de su anuncio de consuelo dice: “que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados”. Y el centro de esto es el anuncio del perdón de los pecados. Su pecado ha recibido un pago satisfactorio. El mismo Hijo de Dios daría su vida por los pecados del pueblo. Isaías retrató este fundamento en el capítulo 53 de su profecía: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. Por esa razón nuestra aflicción llega a su fin. Por esa razón el Señor dará doble de gracia por todos nuestros pecados. Como lo dice San Pablo: “Mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia”.

Aunque las circunstancias en que se encontraban los israelitas no podía parecer peor, podían tener una confianza absoluta de que Dios les daría ese consuelo, que esta redención tenía que venir. La misma palabra infalible de Dios lo garantizaba. “Porque la boca de Jehová ha hablado”. Es Jehová mismo el que ha hablado, el que siempre se ha manifestado como el que es absolutamente fiel, cuyas promesas, aunque parezcan tardar, nunca dejan de cumplirse. Sabemos que un remanente de Israel fue preparado por el testimonio de Isaías y los otros profetas, y que Dios los condujo otra vez a la tierra de promesa. Sabemos que Dios efectivamente envió al mundo a su Hijo unigénito, para que todo el que creyera en él, no se perdería sino tendría la vida eterna. Sabemos que él consumió todo con su muerte en Gólgota, y que dio prueba de ello con su gloriosa resurrección el día de la Pascua. Sabemos que esta palabra viene también a nosotros para primero aplastarnos a causa de nuestros pecados, pero después para levantarnos y consolarnos con el mensaje del perdón y la gracia de Dios para los miserables pecadores en Jesucristo y su sacrificio en la cruz. Debemos tener la misma confianza en ese mensaje cuando se nos proclama hoy. El que habló a Israel en el tiempo de Isaías es el mismo que nos habla hoy en el sermón, en el bautismo, y en la Santa Cena, todo con el propósito de consolar con la fiel promesa de nuestro Dios. El que quiso ser el Dios de Israel entonces, quiere ser también tu Dios hoy, para darte todo el consuelo que sólo él es capaz de

date. Créelo, porque su promesa no fallará. “La palabra del Dios nuestro permanece para siempre”. Amén.